

leza, mientras esta forma de gobierno democrático mantenía su libertad interior, obró toda suerte de maravillas y preservóse á toda suerte de conquistas. Pero luégo que constituyó la monarquía, y constituyendo la monarquía dió preeminencias á Judá sobre las demás tribus, y sustituyó las estirpes ó jerarquías naturales con estirpes ó jerarquías artificiosas, y á los magistrados electivos los reemplazó con magistrados de casta y de gracia, fuéle imposible mantener el antiguo espíritu propio suyo, y, maculada por los perversos ejemplos circunvecinos, empezó corrompiéndose en sus antiguas costumbres y concluyó precipitándose al pie del extranjero. En vano sus profetas le dijeron cómo debía conservar el Dios de sus padres, el gobierno de su tradición, las confederaciones entre sus tribus, el viejo régimen de sus patriarcas, el juicio de sus jueces, la república de su predilección, para no caer á las tentaciones de una idolatría verdaderamente asesina y no arrastrar por las orillas de los extraños ríos las cadenas rotas al romper su cautiverio en el antiguo Egipto.

Cegáronse los ojos de Judá; la tienda nómada, que había precedido al israelita en los desiertos, aquel templo de las almas, cambióse por la inmensa mole, copiada tristemente de Asiria ó de Caldea y embutida con los marfiles indios y con el oro de

Ophir, más propia para la seducción de los sentidos que para las expansiones de los espíritus; y el despotismo entró allí donde antes había reinado la divina libertad, y al entrar el despotismo, llevó consigo su ministro, el terror, su concubina, la corrupción, abrogando las antiguas sabias leyes y perdiendo á un pueblo, el cual debía tanto como á su Dios á su derecho las maravillas obradas en el mundo. Aquellas tribus mantenidas bajo un solo gobierno por la teocracia republicana se dividieron y separaron en cuanto vino el torpe absolutismo de sus monarcas, y esta separación trajo consigo la debilidad, y esta debilidad trajo consigo la conquista, y esta conquista consigo el cautiverio. Los profetas habían apartado á Israel de todo contacto con los reyes y con los ídolos para que guardase las dos ideas, cuya virtud había constituido su fuerza, la idea de su Dios y la idea de su libertad. Pero Salomón, el rey ya por todo extremo excelso, llamó su mujer á una princesa egipcia de las que desdenaban sus padres en las orillas del Nilo para constituir la república teocrática y la religión ideal; tuvo por amigo á un rey de Fenicia, que le industriaba en las artes idólatras; tuvo por vivienda un harén semejante al harén de Sardanápalo, tras cuyas celosías guardábanse para goce y recreo del déspota, desde las circasianas del Irán



hasta las negras de Abisinia; cultivó una poesía sensualista y una ciencia escéptica; tradujo las liturgias extranjeras en términos de que bajo las encinas del Cedrón humearan los sacrificios fetichistas en verdaderas nubes de mirra é inciencio; y si levantó un templo á su Dios, fué para plagiar el santuario de la Isis tebana, el toro de los desiertos nubios, los querubes de las terrazas babilónicas, las palmeras de Siria como las incrustraban los fenicios en el ara de Mélcar, las gasas de Tiro, los recintos inmensos de Nínive y de Babilonia, los mares de bronce fundido ante las estatuas de Nemrod, los velos de Sidón, toda la idolatría.

El secreto de la grandeza profética, tan opuesta de suyo á las grandezas regias, estaba en todo lo contrario de aquello que hacían los reyes, estaba, en sentir de los que habían recogido la pristina revelación, guardado el organismo de las tribus republicanas, puesto á la cabeza de Israel aquellos magistrados electivos y aquellos jueces populares que Jetró aconsejara con tanto saber á su yerno Moisés, el secreto de la grandeza profética se hallaba en conservar las instituciones republicanas y el Dios espiritual, lejos, muy lejos del doble contacto que podía perderlos, del contacto de todo fetichismo y del contacto de toda monarquía. Leed, leed los grandes reveladores de Israel, y veréis cómo

quieren á toda costa libertar á su pueblo del despotismo y del fetichismo. Por eso le aconsejan todos no contaminarse con ninguna de las cortes despóticas por brillantes que parezcan. En vano la madre de Cádiz y de Cartago se presentará deslumbradora con todas sus preseas á los ojos del profeta Ezequiel; en vano encerrará sus hijos en palacios de mármol incrustados de oro, por cuyas bóvedas vuelan alados tropeles de armonías producidas por millares de arpas sobre suelos de jacintos y bajo velámenes de púrpura; en vano los príncipes de Cédar enviarán en tributo sus ligeros caballos, y los reyes del Yemen sus hermosas esclavas; ni los vasos exhalando mirra; ni los tapices bordados con relieves multicolores; ni los muros de jaspe bruñido donde colgaban los guerreros de Lidia sus lanzas de plata y sus escudos de oro; ni el Zodíaco de torres en comunicación perpetua con las estrellas brillando en sus arcos, que parecían, según los multicolores, floridos arbustos; ni las naves talladas en pinos de Sanir con mástiles de cedro, con remos de marfil, con velas de seda, con marinos perfumados por el azahar de la lejana Hesperia, tentaban á los verdaderos sacerdotes de Israel, quienes querían preservar en su austeridad y en su aislamiento la República de su pueblo y el Dios de su libertad. Se necesita llegar al Dante de los siglos medios, al



Víctor Hugo de los tiempos modernos, para oír algo parecido á las maldiciones con que Isaías abrumaba desde sus peladas colinas á la vieja Tiro, henchida con todos los jugos vitales del planeta, cargada con todas las riquezas posibles del comercio, pero ebria en sus cenas orgiásticas y corrupta en sus vicios cancerosos, indigna de la libertad. Las flotas del Océano se acogerán á una en sus puertos, los almacenes del comercio en sus murallas estallarán á los productos de la industria, correrán de sus vasos como torrentes los vinos de Chipre, hartaránla con su nutritivo alimento las cosechas del Nilo, mas bien pronto sus hijos caerán muertos en los espasmos de la borrachera, sus hijas irán á poblar, con los cánticos sensuales en sus labios todavía, los harenes extraños, y la que donaba con sus manos cargadas de pedrería coronas á todos los reyes del mundo, sólo recibirá, en cambio, los hierros del esclavo. Y lo mismo dirán de Nínive, lo mismo de Babilonia. Podrán mirarse á una en las aguas del Tigris y del Éufrates; reunir los sabios conocedores de las cosas del cielo é idos allí de los cuatro puntos del horizonte; alcanzar grandeza material tanta que las haga como naciones antes que ciudades; defenderse tras muros de cien piés, por cuyas cimas corran á la par tres carros de guerra; contar mil quinientas torres de doble altura que los

muros, surgiendo de insondables fosos convertidos en lagos por las aguas del río, y parecer soles de día, estrellas de noche, necesitándose cálculos astronómicos para medirlas; brillar á los reverbeos de los bronces dorados que cubren sus cien puertas y las cimas de sus barbancas innumerables; bruñir las paredes prolícomas de sus palacios; levantar á los cielos coros de brillantísimas estatuas forjadas en acero y ceñidas con diademas de pedrería; como grandes macetas de jaspe, unos á otros sobrepone los pensiles colgantes, extendiendo por doquier verdaderos edenes: Israel no se dejará tentar de ningún modo por tales atractivas grandezas, teniendo, como en los íntimos senos tiene, su Dios y su libertad.

La monarquía entregó el alma de Israel á los extraños y rompió aquellos consejos de ancianos. Desorganizando los juicios de populares jueces, disolviendo las asambleas, acabaron los reyes con todos los resortes morales que sostenían al pueblo, y cuando los resortes morales se concluyen de nada sirven los resortes materiales para la común defensa. Lo arbitrario arriba engendró lo anárquico abajo. Tal anarquía sembró la división, tal división sembró la conquista. Jerusalén cayó por fin rendida bajo el cetro de los asirios, como cayera Tiro. Arrancaron los conquistadores de cuajo sus murallas,



incendiaron el sacro recinto de su templo, pusieron á saco el santuario, arrojaron en sus carretas de combates los vasos del altar, no perdonaron en su furor ni á los viejos ni á los niños; las mujeres quedaron profanadas delante del santuario mismo donde habían creído guarecer su pureza; el gran sacerdote cayó apuñalado á los piés del ara ungida por sus manos; arrancáronle al rey Sedecias de sus órbitas los ojos con punzones ardiendo, y, para mayor escarnio, lo pusieron al frente de sus vasallos siervos, de sus hijas cautivas, con las manos atadas á las espaldas y los piés desnudos de sandalias, á fin de que los taladrasen las espinas del camino, mientras ellos, los bárbaros Nabucodonosores de la victoria, semidioses y semibestias como sus esfinges, después de haber hecho mancebía los lugares sagrados y tálamo de prostitución las mesas de ofrendas y holocaustos, ofrecían sacrificios á los dioses del mal en los sitios donde tantas generaciones de patriarcas y de profetas habían adorado á Jevovah. Los reyes, porque llevaban una corona en Judá, uniéronse á los que llevaban una corona en Tiro, en Babilonia, en Siria, en Nínive, sin alcanzar que, destronando á Jeovah, se destronaban á sí mismos, y que tendiéndose á las plantas de los ídolos perdían y frustraban para siempre la providencial misión del cielo recibida por sus tri-

bus. En vez de unir á los reyes, debieron unir á los pueblos; en vez de formar aquella red espesa de monarquías, bajo las cuales agonizaba el Asia, debieron formar las grandes alianzas de las comunidades libres, para dirigir la sociedad, no por las regias arbitrariedades, por las eternas leyes divinas. Moisés había fundado la república teocrática, porque Moisés había maldecido con todas sus fuerzas el infame imperio de Nemrod. La desgracia y la cautividad revelaron á los judíos lo que llevaban escondido en el fondo de su historia y les trajeron á las mientes el recuerdo sacro de sus primitivas grandezas. En los hierros aprendieron cuánto les había valido su Dios y su libertad. El recuerdo vivo de su organización democrática brotó bajo la pesadumbre de sus cadenas. Su inteligencia tomó alas para volar, su voluntad contrajo el vigor indispensable para combatir y para querer. Las tribus, los jueces, la vieja república reaparecieron á sus ojos, y sus labios modularon la maldición espiritual que destruye á los tiranos y eleva á las almas de los pueblos.

Allí los árbitros, nombrados por aquellos infelices, valían más, mucho más que los oficiales de las coronas babilónicas. Allí las diminutas comunidades judías esbozaron el recuerdo perdido de las viejas tribus y apercibieron el espíritu de los suyos á



la esperanza. El esclavo se convertía en señor de sus señores. El escriba esdras podía rehacer á la sombra de los templos del dios Belo toda la teología y toda la organización de Israel. El caldeo necesitaba del israelita para sus cálculos, para su gobierno, para su misma ciencia. Elevábase Daniel á canciller de aquellos imperios, á pontífice de aquellas regiones. Ananías y Anarías entraban en la iniciación de sus escuelas. Llegaron los profetas hebreos á penetrar, entre las alternativas de aquellos imperios, hasta dentro de los triunviratos constituidos para defenderlos. Los sátrapas conspiraban contra ellos y no podían vencerlos. Aquellas gentes, libres en el cautiverio, imponíanse á sus fastuosos señores, ¡pobres y desdichados siervos ceñidos al carro de Nabucodonosor y de sus régulos con cadenas de oro! Una teocracia soberbia, un emperador omnipotente, un ejército innumerable, los sátrapas voluptuosos, los cortesanos serviles, los sabios oficiales, no importaban lo que aquellas pobres gentes gobernadas por sí mismas, con árbitros en sus diferencias, con magistrados elegidos por ellos mismos que los preservan de toda corrupción. Sus meditaciones en el recogimiento llevábanlos á esclarecer cada día más las ciencias antes olvidadas, y su sobriedad, y su conocimiento de las leyes económicas, y su fe viva en la virtud y eficacia del

ahorro, llevábanlos á enriquecerse cuando todos en torno suyo se volvían pobres y misérrimos. Toda esta larga explicación se necesita para comprender el papel que representa el sagaz Mardoqueo en el drama de la reina Esther.

Continuemos esta historia. Nada más fácil para un déspota que tropezar en sus pasiones y caer en vil é ignominiosa servidumbre. Cuanto más un rey sube, más cerca está de adscribirse á otro amo. Unas veces exagerados afectos de amistad; otras veces perezas é indolencias muy fáciles de contraer allá por las alturas sociales; ya el reconocimiento de una superioridad natural mejor que todas las superioridades heredadas; ya caprichos fáciles de sentir por quien todo lo puede y todo lo intenta; mil otras concausas, forjan cualquier valido en cuyas manos descarga el déspota su insufrible despotismo. Nada más fácil de hallar que un dominador levantado sobre las enormes fuerzas de aquellos que se creen omnipotentes. La historia nos ha guardado larga lista de validos innumerales que han dominado á los reyes y oprimido á los pueblos. Asuero tenía el suyo, que se llamaba de nombre Amán. Contra él conspiró Mardoqueo. Después de haber ido todos los días á instruirse para su consejo en el camino que sus gracias abrían á Esther por el rebelde ánimo de Asuero, en cuanto



supo cómo la prefería éste y lo que importaba tal preferencia, consagróse, astuto, á derribar la organización que revestía el poder supremo en Susa. Demasiado hábil para intentar imposibles, atúvose á lo fácil y convirtió todo el conjunto de sus ideas y de sus fuerzas, no en contra del monarca, en contra del favorito. Nada más fácil, vencido y sojuzgado éste, que sustituirle con creces en la real privanza y poner á servicio del pueblo judío los logros de tan porfiadas ambiciones.

Los favoritos gozan más que los reyes con los homenajes prestados al poder supremo. El hábito embota mucho el sentimiento, y quien desde la niñez recibe públicos homenajes no los estima como suele aquel acostumbrado á vérselos regatear por su dignidad ó por su fortuna. Como el capricho rige los actos de todo verdadero déspota, el privado no alcanza ni crédito alguno, ni verdadera influencia, sino después de haberlos designado á la idolatría pública los caprichosos señores. Y como quiera que haya un espacio, más ó menos largo, entre su oscuridad y su fortuna, los muy oscuros apenas sufren el desdén ajeno en cuanto reciben luz prestada y la toman por propia. Amán gustaba mucho del público y solemne homenaje. Por este motivo los criados de la corte se lo prestaban sin tasa, y en cuanto le veían venir por cualquier lado se hin-

caban de hinojos en el suelo y metían su cabeza entre las rodillas. Pero Mardoqueo, perteneciente á las comunidades judías que levantaban el antiguo ideal de la tribu en Israel, negábase á la universal adulación y no quería degradarse hasta prestar un culto sólo prestable á Dios. Por tal razón, y obedeciendo á semejantes impulsos, erguíase la frente de Mardoqueo sobre todas aquellas frentes que se humillaban y se confundían con la tierra y desafiaba el furor de tan arbitrario tirano. Los vasallos de Asuero, incapaces por los hábitos connaturales al siervo de alzarse hasta la dignidad, reconvenían al judío y le mostraban los peligros á que podían hallarse con frecuencia expuestas su tenacidad indómita y su entereza inflexible. Hábil, muy hábil, Mardoqueo apretaba en sus arrogancias á medida que advertía las preferencias de Asuero por Esther, y contaba con el auxilio de la preciada belleza, no sólo para salvarse á sí mismo, para salvar con él á todo su pueblo.

Pues al pueblo iban dirigidos los desquites de Amán. Israel no estaba concentrado en Susa. Todo lo contrario, su número, y los muchos dominios con que contaba el rey de Persia, teníanlo esparcido y diseminado en varios puntos. Con la fuerza que le daba su idea, con el hábito de gobernarse á sí mismo que tanto de una generación á otra ge-





neración trasciende, con aquellas propensiones nativas á la comunidad municipal, facilísimo acordarse, convenirse, juntar voluntad é inteligencia colectivas en suma de fuerzas grandes y proponerse un resultado no asequible al egoísta y mero aislamiento. Israel se gobernaba, como lo hemos dicho tantas veces, dentro de su cautividad, á sí mismo Elegía los jefes del Estado que debían dirigirlo y los jefes de la magistratura que debían juzgarlo. Regíase por leyes consuetudinarias. Apelaba frecuentemente á supremos árbitros. Revivía con el soplo de sus labios las antiguas creencias. Trazaba los varios libros de su fe. Reconstituía la Jerusalén ideal, en la que habitaban sus almas. Y sobre los ríos de Babilonia, bajo los sauces del Éufrates, en los desiertos de Susa, entre los colosos de Persépolis, avivaba sus viejos ideales y mantenía la fe profunda en el regreso á su patria y en el restablecimiento de su templo. Nada más fácil que mover un tirano contra las gentes libres, enseñarle cómo se desasían de su autoridad y de su poder, atribuir á desprecio de las leyes generales el celo por las costumbres propias, presentarlos como arrogadores de una soberanía usurpada, mezclar los dioses con estas bajas querellas de los hombres, describir al cielo como irritado con quien cohonestaba por debilidad ó por complacencia servil el permiso á tales

atrevimientos con el ejercicio de los poderes supremos, é interesando todo aquello que hay de malo en cada déspota, empeñarlo pronto y con viveza en una de tantas terribles persecuciones como han afligido á los pueblos y han indeleblemente manchado la conciencia y la historia.

En todos los antiguos tiempos solían aparecer los pueblos enteros como responsables de las faltas cometidas por un solo individuo. De consiguiente, á los ojos de Amán, los desacatos de Mardoqueo no eran ofensivos, sí podían tomarse tan sólo como expresión del sentir de un individuo y nada tenían que ver con la voluntad unánime de un pueblo. Así no le importaba que procediese como le pluguiera Mardoqueo, lo que le importaba mucho era el proceder de aquellos judíos, poderosos al extremo de haber dado al imperio de Asiria y de Caldea gran parte de sus primeros magnates. Presentóse, pues, delante de Asuero para exigirle medida ejemplar, que refrenase aquellas arrogancias é infligiese la pena debida y natural á tales desacatos. No se trataba de maniatar, recluir, vender ó ahorcar á cualquier sátrapa poderoso; tratábase de castigar á todo un pueblo, el cual había formado su diminuta república dentro de tan vasto imperio. Los estados caldeos y asirios, á pesar de sus guerras y de sus conquistas, pasaban por grandes hambres y mise-